en no desamparar su mando, se dispuso á guardar todos los trances de su fortuna...

» Á este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces; cada casa representaba un espectáculo, muchas se ardian, muchas se arruinaban, á todas se perdia el respeto, y se atrevia la furia; olvidábase el sagrado de los templos, la clausura é inmunidad de las regiones fué patente al atrevimiento de los homicidas; haliábanse hombres despedazados sin examinar otra culpa que su nacion, aun los naturales eran oprimidos por crímen de traidores; así infamaban aquel dia á la piedad, si alguno abrió sus puertas al afligido, ó las cerraba al furioso. Fueron rotas las cárceles, cobrando no solo libertad, mas autoridad los delincuentes.

» Habia el conde ya reconocido su postrer riesgo, oyendo las voces de los que le buscaban pidiendo su vida; y depuestas entónces las obligaciones de Grande, se dejó llevar fácilmente de los afectos de hombre; procuró todos los modos de salvacion, y volvió desordenadamente á proseguir en el primer intento de embarcarse: salió á la lengua del agua; pero como el aprieto fuese grande, y mayor el peso de las aflicciones, mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguian, porque llegando al esquife de la galera (que no sin gran peligro los aguardaba) hiciese como lo esperase tambien: no quiso aventurar la vida del hijo: porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo, y alcanzando la embarcacíon, no le fué posible detenerla (tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su ruina): navegó hácia la galera, que le aguardaba fuera de la batería. Quedóse el conde mirándola con lágrimas disculpables en un hombre que se veia desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas; pero ya cierto de su perdicion, volvió con vagarosos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltran, camino de Monjuich.

» Á esta sazon, entrada su casa y pública su ausencia, le buscan rabiosamente por todas partes como si su muerte fuese la corona de aquella victoria; todos sus pasos reconocian los de la tarazana: los muchos ojos que le miraban caminando como verdaderamente á la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse á los que le seguian; era grande la calor del dia, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginacion de su afrenta; estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible, cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fué muerto de cinco heridas en el pecho.

» Así acabó su vida don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, dándole famoso desengaño á la ambicion y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre en aquella region misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Ó grandes! que os parece nacisteis naturales al imperio, ¡qué importa, sino dura mas de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio! »

Melo, en su historia, critica agriamente la conducta del gobierno de Felipe IV; y sin alabar la rebelion, no deja de disculpar á los amotinados. Como extranjero ya, al tiempo que escribia esta obra, y debiendo la emancipacion de su patria á otra sublevacion semejante, aunque mas afortunada, no es extraño que diese este colorido á su brillante

relato. No obstante, es preciso hacerle la justicia de que, al hablar de los movimientos populares, amante de la verdadera libertad, condena á la par el despotismo y la anarquía. No deja sin embargo de ser cosa notable, que los dos dechados mas perfectos que tiene en el género histórico la lengua castellana, el de Melo y el de Mendoza, sean dos obras de crítica y de oposicion al gobierno español.

CAPÍTULO IX.

SIGUEN LOS HISTORIADORES.

Solís, Argensola, Ávila, Coloma y otros.

Otro de los historiadores de mas nombradía que tenemos, tan puro como Melo, y tan grave como Mendoza, mas brillante que ambos, *es don Antonio de Solís* que escribió la *Historia de la Conquista, poblacion, y progresos de la América Setentrional, conocida con el nombre de Nueva España.* Poema la llaman algunos y novela otros: cierto es que está escrita con mas florida imaginacion, mas lujo de lenguaje que lo que permite la historia; pero esto no obsta para que sea un libro que se lee con singular agrado.

Alcalá de Henáres es la patria que se envanece con este insigne escritor. Nacido en 1610, dió desde jóven muestra de su sobresaliente ingenio: y ya á la edad de diez y siete años habia compuesto una comedia titulada *Amor y obligacion;* pues aunque sus padres le mandaron á Salamanca á estudiar jurisprudencia y teología, no hizo en estas ciencias los progresos que de él se esperaban, llevándose toda su atencion la poesía. No obstante, concluyó felizmente sus estudios, añadió al de ambos derechos, el de otras ciencias, y sobre todo en el trato del mundo procuró adquirir aquel caudal de conocimientos prácticos que tanto sirven al historiador y al estadista.

Habiéndole acogido bajo su proctecion el conde de Oropesa, le llevó este personaje en calidad de secretario á su vireinato de Nápoles: fué posteriormente oficial de la secretaría de Estado, y últimamente, á ejemplo de muchos célebres escritores, abrazó la carrera eclesiástica teniendo ya cincuenta y siete años: murió en 1688, á los setenta y seis de su carrera.

Con Solís se cierra la serie de nuestros escritores en aquellos dos siglos tan gloriosos para la literatura española. Despues de él se encuentra una gran laguna de esterilidad para España, hasta fines del siglo último en que volvieron á revivir las letras. Aun en tiempo de Solís, esta esterilidad era ya grande, quedando él solo de tantos felices ingenios; y no era escaso ciertamente el suyo, cuando, si bien no resistió del todo al mal gusto que reinaba, pudo, en medio del contagio general, producir una obra inmortal y digna de admiracion por mas de un concepto. La historia de Solís, si en todos tiempos hubiera labrado la reputacion de su autor por las brillantes prendas que en ella sobresalen, es un prodigio considerado como producto del reinado de Cárlos II, época en que la literatura andaba tan decaida como la monarquía, y en que solo prevalecian los delirios mas extravagantes del ingenio, como al hablar de Baltasar Gracian hemos manifestado.

Hay ciertamente resabios de este mal gusto en la historia de Solís : no era posible que dejase de incurrir en aquellos delirios tan preconizados entónces : el oropel se mezcla muy á menudo al oro puro de su obra; mas nadie que no sea de corazon frio y estrecho, y sordo á los halagos de la hermosa y dulce lengua castellana, dejará de apreciar aquella narracion tan animada, aquellos cuadros tan vivos, aquellas bellas arengas, aquel lenguaje culto, esmerado y sonoro.

Este esmero á la verdad degenera en afectacion : la cultura en agudeza, la sonoridad en ruido vano; se deja con frecuencia ver mas bien al poeta que al historiador; en las pinturas se arrojan con demasiada profusion los colores; en vez de grandeza suele encontrarse hinchazon; se falta á la verosimilitud haciendo á los mejicanos en sus discursos mas cultos é ilustrados de lo que eran; se desearia mas parsimonia en los conceptos y adornos; las cláusulas pecan á veces por demasiado afeitadas y peinadas; mas todos estos defectos que se han ponderado mucho, desaparecen ante multitud de bellezas que encantan y arrebatan á los lectores. Jamas decae su estilo; no se encuentran en él huellas de incorreccion ni desaliño, y pocos escritores han sabido, como Solís, decir las cosas con tan urbano, elegante y delicado modo, ni con períodos tan llenos y armoniosos. Tuvo el mérito de formarse un lenguaje propio; no se empeñó en seguir servilmente la imitacion de los latinos; se muestra exclusivamente español : y en su estilo resplandece sobre todo la índole verdadera del habla castellana.

Hemos dicho que Solís cultivó la poesía. Sus versos sagrados y profanos, brillan por la facilidad, viveza, claridad y pureza de la expresion; fué autor, como en su lugar hemos visto, de algunas buenas comedias; y últimamente sus *Cartas familiares* publicadas por Mayans, forman una coleccion preciosa, no solo por las interesantes noticias que contiene, sino por el estilo claro, ligero, vivo y agradable con que están escritas.

Hé aquí el retrato que hace de Hernan Cortés.

« Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenia, contra la viveza de su espíritu, aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra; y sus padres le encaminaron á la Italia, que entónces era la de mas pundonor por estar calificada con el nombre del Gran Capitan. Pero al tiempo de embarcarse, le sobrevino una enfermedad que le duró muchas dias; de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento, aunque no de profesion. Inclinóse á pasar á las Indias, que como entónces duraba su conquista, se apetecian con el valor mas que con la codicia. Luego que llegó á Santo Domingo, y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinacion; porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entónces las armas en las manos; y haciendos este viaje con el beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinion

de valeroso, y tardó poco mas á darse á conocer su entendimiento, porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabia tambien dificultar y resolver entre los capitanes.

» Era mozo de gentil presencia y agradable rostro; y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenia otras de su propio natural, que le hacian amable, porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones, y partia con sus compañeros cuanto adquiria con tal generosidad, que sabia ganar amigos sin buscar agradecidos. »

Para muestra de las brillantes oraciones que pone en boca de sus personajes, copiaremos la siguiente que hace Jicotencal á los tlascaltecas, para animarlos á la guerra.

« No en todos los nogocios se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos, mas inclinadas al recelo que á la osadía, y mejores consejeros de la paciencia que del valor... Cuando se habla de guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia; porque tiene de pasion todo aquello que parece al miedo... Lo que obraron estos extranjeros en Tabasco ¿ fué mas que romper un ejército superior ? ¿ Esto se pondera en Tlascala como sobrenatural, donde se obran cada dia con la fuerza ordinaria mayores hazañas ? ¿ Y esa benignidad que han usado con los Zempoales? ¿ No puede ser artificio para ganar á ménos costa los pueblos? Yo por lo ménos la tendria por dulzura sospechosa de los que regalan el paladar para introducir el veneno, porque no forman con lo demas que sabemos de su codicia, soberbia y ambicion. Estos hombres (si ya no son algunos monstruos que arrojó el mar en nuestras costas) roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo sedientos del oro y de la plata, y dados á las delicias de la tierra; desprecian nuestras leyes, intentan novedades peligrosas en la justicia y en la religion, destruyen los templos, despedazan las aras, blasfeman de los dioses. ¡ Y se les dá estimacion de celestiales ! y se duda la razon de nuestra resistencia ! y se escucha sin escándalo el nombre de paz !... Esas impresiones del aire, y señales espantosas, tan encarecidas por Magiscatzin, ántes nos persuaden á que les tratemos como enemigos, porque siempre denotan calamidades y miserias. No nos avisa el cielo con sus prodigios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer..... Júntense nuestras fuerzas, y acábese de una vez con ellos, pues vienen á nuestro poder señalados con el índice de las estrellas, para que los miremos como tiranos de la patria y de los dioses; y librando en su castigo la reputacion de nuestras armas, conozca el mundo que no es lo mismo ser inmortales en Tabasco que invencibles en Tlascala. »

Para cumplir con su empleo de cronista de Indias escribió Solís su historia, y por encargo del conde Lémos, presidente del Consejo de Indias, habia compuesto ántes Bartolomé Leonardo de Argensola *la Conquista de las Molúcas*, habiendo tambien dejado cuatro libros en continuacion de los Anales de Zurita, como cronista que fué de aquella corona. La primera, que es la mas notable de estas obras, tiene, aun mas que la de Solís, el aire de novela, mostrándose en ella muy á menudo el poeta, y descendiendo hasta la narracion de aventuras amorosas que desdicen de la gravedad histórica, si bien contadas con singular tino y delicadeza. Para hacer amena la lectura de hechos oscuros, é interesar con personajes tan desconocidos, necesitaba tal vez mas

que otro historiador alguno pedir sus adornos á la imaginacion, y embellecer sus narraciones con estilo ameno y florido; y aunque se le advierten resabios de falsa pompa y agudeza, es por lo general natural y sencillo, tiene viveza en las pinturas y hay suma armonía en su lenguaje. Puede formarse una idea de la prosa de este ilustre poeta por el siguiente trozo, en que habla de la planta *singádi de Ternate* llamado árbol triste.

« El sultan Aerio, rey de Ternate, era entónces mozo de diez años. Criábalo su madre retirado en una casa de recreacion de verdura, donde á la disposicion agreste añadia bellezas del arte, y pudo tanto que aquella flor admirable por su fragancia y por su nacimiento, que vulgarmente llaman *triste*, y nace en Malabar y Malaca solamente, abunda en los jardines desta señora.

» Adoraba ella en él, y criaba á su hijo en esta vanidad para que olvidase los principios que en Goa aprendió siendo niño en los colegios de la Compañía de jesuítas. Finjen aquellos idólatras, ó creen, que en tiempos antiguos una hija que tuvo Parizataco Sátrapa se enamoró del sol, y que habiéndole corespondido y obligado, puso su amor en otra; y no pudiendo sufrir la primera amante que la otra fuese preferida, se mató. De sus cenizas (porque en aquellas partes no ha caido aun el uso de quemar los cuerpos muertos) nació aquel árbol, cuyas flores, conservando la memoria del dueño aborrecen al sol tanto, que no sostienen su luz...

» En cada hoja brota un pezon, que arroja cinco cabezuelas pequeñas, en la punta, adornada cada cual de cuatro hojitas redondas menores... Entre ellas nacen las flores blancas, mayores que las del naranjo, y tan aprisa en anocheciendo, que por movimiento comprensible suceden unas á otras. Toda la noche dura esta fecundidad, hasta que la presencia del sol la esteriliza, y se cae con ella toda la flor y las hojas, y quedan los ramos lánguidos. Cesa súbitamente aquella fragancia que ennoblecia el aire de todos los olores de Asia comprehendidos en solo este: hasta que, huyendo el sol del horizonte, vuelve la planta á florecer en sus tinieblas amadas, como descansando con ellas del agravio que recibió de la luz. Son los asiáticos perdidos por los olores, en argumento de su lascivia. »

Habiendo hablado ya con la suficiente detencion de nuestros primeros historiadores, inútil y molesto seria que siguiéramos haciendo lo mismo con los demas que, considerados literariamente, están á gran distancia de aquellos. Por lo tanto solo haremos ya una ligera indicacion de algunos de menor nota, y nos contentaremos con citar los nombres de otros.

Don Luis de Ávila y Zúñiga, ilustre caballero, y embajador que fué cerca de la corte de Roma, acompañó al emperador Cárlos V á la jornada de Alemania contra la liga de protestantes y publicó la historia de aquellas célebres campañas con el título de *Comentario de la guerra de Alemania hecha de Cárlos V, Máximo emperador romano rey de España*. Esta obrita, aunque su estilo es poco castigado y á veces duro, tiene claridad y rapidez en la narracion, brevedad y energía en las sentencias, y en las descripciones bastante magnificencia.

Pedro Mejía, cronista del mismo emperador, entre otras várias obras, dejó una *Historia imperial y cesárea*, donde comprendia la vida

de todos los emperadores romanos desde Julio César hasta Maximiliano I de Austria. El estillo de esta obra es castizo, claro, grave y conciso; mas no siempre noble, igual, ni correcto.

Don *Cárlos Coloma*, marqués del Espinar, que floreció en tiempo de Felipe IV, militó mucho tiempo en los estados de Flándes, publicó *las Guerras de los Estados Bajos desde el año* 1588 *hasta* 1599, obra que por su método, lenguaje y propiedad, desnuda de afectacion y vanos adornos, merece ser leida por los que profesan la carrera de las armas. Este escritor hizo ademas una muy apreciada version al castellano de los *Anales de Tácito*.

Diego Pérez de Hita publicó la *Historia de las guerras civiles de Granada*, libro mas bien que historia, mezclado de romances, y cuya lectura es amena y entretenida.

Merecen tambien ser nombrados, *Sandoval* por su historia de Cárlos V y otras; *Cabrera* por la de Felipe II; *Gil González Dávila* por la de Felipe III; *Gonzalo Céspedes y Menéses* por la de Felipe IV. *Gonzalo de Illéscas* escribió la Historia pontifical; *don Bernardino de Mendoza* los Comentarios de las guerras de Flándes; *Luis Mármol Carbajal* la Historia de la rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada; *Antonio de Herrera* la Historia general del mundo en tiempo de Felipe II.

Para la historia de las Indias, tenemos ante todos al capitan *Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdes*, primer cronista del Nuevo Mundo, cuya *Historia General* y *natural* está dando á luz la Real Academia de la Historia; Herrera en su Historia general de los hechos españoles en las islas y tierra firme del mar Océano; *Bernal Díaz del Castillo*, Historia verdadera de la conquista de Nueva España; *Inca Garcilaso de la Vega* en sus comentarios del Perú é Historia de la Florida; *Fray López de Gomara*, Historia general de las Indias; y otros muchos, si bien todos estos historiadores sirven mas para el erudito que para el literato.

Son tambien infinitas las historias que existen de ciudades; entre las cuales se distingue la de Murcia por el licenciado *Cascáles*, la de Segovia por *Colmenáres* y los Anales de Sevilla por don *Diego Ortiz de Zúñiga*.

CAPÍTULO X.

Historiadores sagrados. Sigüenza, Yépes, Roa.

Si en historias profanas es grande el caudal que tiene la literatura española, no es ménos el que puede presentar de historiadores sagrados, sobre todo de los que han publicado anales de monasterios ó conventos de órdenes religiosas y vidas de santos. No citaremos sin embargo mas que á *Fray José de Sigüenza*, *Fray Diego de Yéspes y el P. Martin de Roa*, que son los que encierran algun mérito literario, pudiendo sacarse de ellos numerosos fragmentos, dignos de tenerse por modelos de buen lenguaje.

Como se puede inferir desde luego, estos historiadores presentan un carácter distinto de los profanos, los cuales se complacen en largas relaciones de sitios y batallas, en la pintura de caractéres varios, y en las pomposas arengas; pero sin dar mucho lugar á la parte filosófica ó de raciocinio: en los sagrados, por el contrário, ocupa esta última infinitamente mas lugar que los hechos; pues siendo estos por lo general cortos en número, el historiador discurre largamente acerca de ellos y de las virtudes de su héroe, para sacar preceptos de moral cristiana; pudiéndose decir que semejantes historias no son otra cosa mas que una serie de homilías sobre las perfecciones cristianas, tomando por pretexto las acciones del santo. Esto hace tales historias cansadas á la lectura; y aunque brillan á veces con todas las galas del lenguaje, solo aquellos que necesitan hacer un estudio detenido de ellas, pueden hallar agrado en algunos trozos de verdadera elocuencia.

Si el *P. Fray José de Sigüenza*, en vez de dedicarse á escribir vidas de santos y la historia de su órden, hubiese empleado las grandes dotes oratorias que le concedió el cielo en trasladar á la posteridad los Anales y revoluciones de los imperios, acaso aventajaria á todos nuestros historiadores, sin exceptuar al mismo Mariana. Su grande erudicion, la elevacion y energía de sus ideas, la claridad y elegancia de su diccion, la flexibilidad de su estilo que tan maravillosamente se acomoda á todos los tonos, le hacian muy á propósito para este género de escritos; pero no habiendo dejado en él mas que la *Vida de san Jerónimo* y la *Historia de la órden del mismo santo*, leidas estas obras por pocas gentes, su fama no es tanta acaso como sin duda merece.

Nació Sigüenza, en 1545, en la ciudad que llevá su nombre. Mostró desde muy jóven precoz talento y suma aficion á las lecturas: sobre todo á la poesía. Despues de estudiar en la universidad de su patria, teniendo solo veinte años, quiso abrazar la carrera de las armas, y embarcarse con la expedicion que iba al socorro de Malta sitiada por los turcos; pero habiendo llegado tarde, este contratiempo, y una enfermedad que tuvo, le decidieron á tomar el hábito religioso. Entró en el monasterio del Parral de Segovia donde continuó sus estudios, perfecionándolos despues en el de san Lorenzo del Escorial. Desde luego dió muestra de gran saber, y su fama cundió tanto, que Felipe II le tuvo en grande aprecio. Ayudó á Árias Montano en el arreglo de la Biblioteca del Escorial, y le sucedió en este encargo. Persiguiéndole la envidia, fué acusado á la Inquisicion, y preso por ella; pero salió triunfante á los ocho meses. Á pesar de su resisiencia á admitir los honores de su órden, fué rector del colegio de aquel monasterio, y posteriormente su prior. Murió en 1606.

No podemos dar mejor idea del estilo de este excelente escritor, que trasladando aquí el siguiente trozo de su *Vida de san Jerónimo*.

« Quien atentamente mirare la corrida que hasta aquí ha hecho el mundo, y el suceso de los tiempos, descubrirá muy claro el cuidado y la providencia con que ha siempre acudido el cielo al remedio de las necesidades de los hombres. Son los ojos de Dios de larga vista sin tasa de lugar ni tiempo; y van muy delante de las cosas, que por sus veces suceden unas tras otras. De aquí viene que llama por sus nombres igualmente, y le responden, las cosas que son y las que no son. Todo lo mira, todo lo penetra, todo lo prevee y dispone con toda suavidad,

que ello mismo parece que se cae de su peso. Esto se manifiesta en todas las cosas naturales, tan claro, que se nos viene á los ojos; y en las cosas que entran en el género de libres, y son señoras de sus obras, resplandecen mas los efectos.

» Vió la sabiduría de Dios, que la malicia y envidia del demonio no habia de tener fin, ni abajar de su soberbia un punto; sino que habia de irse extendiendo al mismo compás de los siglos procurando en todos ellos quitalle á él la gloria que se le debe, y al hombre los bienes que se le han prometido. Y aun Dios por el mismo suceso, y como por sus mismos pasos, fué proveyendo de remedios contra sus daños, y de reparos contra el estrago de sus envidias. »

No se le dejó de alcanzar al padre Sigüenza que su pluma adquiriera mas fama, dedicándola á la historia profana; mas creyó que su estado de religioso le obligaba á seguir la senda que eligió; y tratando de justificarse, hé aquí el paralelo que hace entre aquel género de historia y el religioso.

« Historia es (aludiendo á la que escribe) humilde de humildes; contra la primera ley de historias, que pide siempre cosas grandes. No se ven pensamientos ni discursos largos de príncipes para consquistar nuevos reinos, ó mudar de sus asientos grandes estados, descubrir nuevas provincias, trastornar repúblicas, consejos profundos de paz y guerra, trocar la faz y deshacer las suertes de todo esto temporal y visible: cosas que se huelgan todos de leellas; y con tanto gusto (ojalá con tanto fruto), que se olvidan de la comida, y aun del sueño.

» Á mí no me dieron á escojer, que no es pequeña disculpa: abracé mi suerte, que á muchos parecia desgraciada, estéril y pobre; y en lo que hasta aquí ha salido á luz, se han desengañado buena parte de ellos, y mudado de parecer. Certifican personas de buen juicio, que se han hecho evidencia, no solo ser sabrosa y de fruto la historia que trata casos raros y empresas grandes, y todo eso que llaman hazañoso; sino tambien la que se humilla al yermo, al claustro, al silencio, y al cilicio, y á cuanto tiene nombre de mortificacion, que suena siempre tan mal á orejas del mundo. »

Vése en esta historia trocado todo: y en vez de aquellas preñadas pláticas de los consejeros de estado; de los razonamientos de los capitanes para disciplinar el ejército, ó animar los soldados á la batalla; de aquellas promesas de la victoria, ó presagios de la suerte adversa; de las conjeturas de lo que pretende el enemigo; la loa del soldado valiente; la diligencia, destrezas y ánimo del capitan; los varios trances de la fortuna; la alegría del buen suceso; la riqueza del despojo y de la presa; el número de los muertos y cautivos, los premios de los que como esforzados escalaron primero el muro, ó derribaron las banderas enemigas; y otros cien particulares con que se enriquecen las historias profanas: en vez, digo, de todo esto, entran las amonestaciones santas, los consejos de una celestial prudencia, donde se descubre la sutileza y el ingenio de nuestro mortal enemigo; la perseverancia en el ejercicio santo; la fortaleza en el rigor de la penitencia; el fruto de la oracion contínua; la sumision del cuerpo; el desprecio de sí mesmo; el desengaño de las cosas visibles; la victoria contra nuestras pasiones; la lucha porfiada contra nuestros apetitos; la esperanza del premio, y ¡tal premio! los anuncios de la salud del alma; los recatos aun en el estado

mas seguro, el celo de la ceremonia aunque sea pequeña, para que no se toque al muro de lo escencial; las prevenciones ántes de llegar á las cosas sagradas; apoyar lo que se desmorona del rigor primero, y esforzar lo que parece va enflaqueciendo en la virtud; muertes venturosas, suficiente para encender en santa envidia los mas tibios rigorosos á culpas casi sin nombre, mejores para labrar coronas que para enmienda de los delincuentes; y otro alarde de cosas semejantes: menudencias para los ojos del siglo, y tanta estima en los de Dios que no las remunera ménos que con un reino eterno.

No tan perfecto en su estilo, ni tan elevado en los pensamientos como Sigüenza, pero sí lleno de uncion y dulzura, fué el *P. Fray Diego de Yépes*, natural del pueblo de sn mismo nombre, y nacido en 1529. Dotado de una condicion pacífica, y con temprana vocacion á la vida religiosa, entró en la órden de San Jerónimo, fué sucesivament prior de varios monasterios, y últimamente del Escorial, por eleccion de Felipe II: este monarca le nombró tambien su confesor, y su hijo Felipe III le presentó para el obispado de Tarazona, cuya silla ocupó hasta su muerte, acaecida en 1613 á los ochenta y cuatro años de su edad.

Una persecucion que sufrió y lo hizo desterrar á la casa desierta de de San Miguel del Monte, le procuró el conocimiento de santa Teresa de Jesus, con quien desde entónces conservó estrecha correspondencia, siendo ademas su confesor. Esta fué la causa de que con el tiempo escribiese la vida de la Santa que es su mejor obra. Se acerca mucho su estilo al de Fray Luis de Granada, aunque su expresion no es tan brillante ni armoniosa. Abunda en frases dulces, pero su languidez las hace á veces cansadas; y los frecuentes paréntesis que emplea, cortan la fluidez y número del período: el gran defecto de este escritor es la verbosidad.

De esta suerte describe los arrobamientos de la Santa.

« De aquí le nacia un propio conocimiento y humildad tan profunda de ver como cosa tan baja en comparacion del Criador de tantas grandezas, le habia osado ofender. Y con este sentimiento, á veces no se atrevia á alzar los ojos á Dios; á veces se queria ir á los desiertos para no tener ocasion de descontentar al Señor en cosa alguna... Otras le parecia que se quisiera meter en medio del mundo, y dar voces como la otra mujer del Evangelio, que habia hallado la piedra preciosa que deseaba; por ver si por aquí pudiera desengañar á alguno, y ganar alguna alma para Dios.

» Y no es maravilla que quedase con tan contrarios afectos, porque veia dentro de sí dos muy caudalosas fuentes, una de la grandeza y bondad de Dios, y otra de sus miserias: y de ambas nacian estos dos arroyos cada uno de su principio. La grandeza de Dios y su gloria la despertaban para ser pregonera de sus alabanzas; y las faltas y miserias que veian en sí, la sumian en el abismo de su nada...

» Unas veces volvia de los raptos con muchas lágrimas y suspiros dulces, testigos dulces del fuego que en su alma ardia, y decia palabras muy sentidas y regaladas. Otras se consolaba con hacer algunas exclamaciones, con que desfogaba por los ojos y boca parte del fuego que abrasaba su espíritu. De estas exclamaciones están escritas al fin de su vida, las cuales no parece sino que están centelleando fuego de amor y gloria de Dios. »

El *P. Martin de Roa* fué natural de Córdoba, é individuo de la Compañía de Jesus, en la cual se granjeó suma reputacion, y obtuvo cargos principales, terminando sus dias en el colegio de Montilla, año de 1637.

Como escritor ascético tiene este padre el libro de *El estado de los bienaventurados en el cielo, de los niños en el limbo*, etc. Como historiador sagrado, publicó *Ecija y sus santos*, la *Vida y maravillosas virtudes de doña Sancha Carrillo*, y la *Vida y hechos de doña Ana de Ponce de Leon, duquesa de Feria*. Esta es su mejor obra. Escritor á veces conciso, á veces amplificador, tiene grandeza en las ideas, pero abusa de las metáforas y alegorías. Su estilo es majestuoso, y se contiene á conveniente altura. Merece citarse, aunque mas propia de un sacerdote que de una mujer, la siguiente exhortacion que pone en boca de la condesa de Feria, animando á su esposo en el trance de la muerte.

« Soldado sois, y hecho á las armas; y con ella al tributo de la paciencia en el rigor del hielo y el ardor del estío, sin buscar regalos ni perdonar trabajo. No os acobarde en vuestra casa el temor de aquello cuyo desprecio os hizo ser temido de vuestros enemigos en campaña. Pues, ni aquí es la muerte mas poderosa, ni allí ménos terrible: y la vida contra quien ella pelea, mucho mas apetecible entónces que ahora, por la comodidad que la salud y vigor que las fuerzas os daban para gozar de los bienes de ella; de los cuales os ha privado la enfermedad, dejando en vuestra alma solo arrepentimiento de los tiempos pasados, y en el cuerpo el dolor de los males presentes. ¿Pareceros ha que han sido menores los encuentros de otros? Tambien lo serán los galardones; pues los trabajos bien sufridos son el precio con que se alcanzan de Dios grandes mercedes, y no es la menor dellas poner al hombre en ocasion apretada de merecerlas. La ocasion teneis en la mano y pues la tribulacion de tan larga y tan penosa enfermedad os presenta batalla, haced como caballero cristiano; y puesto en medio del peligro aseguraos con el escudo de la fe, que bastante es, como dijo el apóstol, para rebatir todas las sectas del enemigo. Mirad que el cielo está á la mira, y el mundo, y los ángeles, y los hombres, á vista de cómo os valeis de las armas de Jesucristo; y el mismo Señor con su presencia os esfuerza, y huelga mucho de ser testigo de vuestros hechos, porque ha de ser remunerador de vuestra victoria. Si recibe heridas el cuerpo, no son de muerte, sino de salud para el alma. Y si él siente menoscabadas las fuerzas y oprimido el aliento con el peso de la enfermedad, eso mismo es lo que todos pierden á manos de la vejez, sin esperanza de recobrarlo; cuando á pesar nuestro como heno caemos, sin haber dado otro fruto de nuestra vida que muchos años mal empleados, y por flores canas sin honra. Los que en ociosidad y deleite han vivido afrentosamente, forzados de la necesidad con deshonra mueren y sin premio; mas vos, señor, que en tan horrorosos ejercicios habeis empleado lo mejor de vuestra vida, haced del resto della agradable sacrificio á Dios, que sabrá premiarlo. Yo harto hago en veros padecer y acompañar vuestros dolores con el mio; que en parte es mas fuerte, por padecerse en el alma, y ellos en el cuerpo. Si con mi vida pudiera rescatar la vuestra, ninguno mas pródigo de su hacienda que yo de ella, y si mi sangre pudiera suplir la falta de vuestras venas, ningunas mas liberales en darla. Siento vuestras penas, y sobre todas una que mucho me lastima, de no poder remerdiarlas.